

Miguel de Valencia

Glosas de la cultura

Se habla de un nuevo viaje a la estratósfera, a la región de las calmas absolutas, a donde no llegan ni los vientos, ni las nubes. Allí la temperatura es mínima, pero constante.

¡La estratósfera! He ahí una región de profundidad variable. En los polos, empieza a partir de los nueve mil metros. En las regiones ecuatoriales, para llegar a ella es preciso perforar hasta los diecisiete mil metros. Y todo ello para gozar de unos ochenta grados bajo cero.

¿Por qué los hombres han llegado hasta esos umbrales? Para estudiar los fenómenos eléctricos, ópticos y acústicos. Como el cielo es tan despejado, tan diáfano, desde esas alturas se contemplan las estrellas en pleno día. El paisaje es alucinante por su limpieza y profundidad.

El sabio belga Piccard hizo dos ascensiones en 1931 y 1932, llegando hasta los 16,000 metros. Después fueron otros hombres. Por ejemplo, el ruso Georgi Prokofiev, que llegó hasta los 19,000. Otra ascensión mejoró la marca; pero la barquilla del globo "Sirius" se desprendió de una manera trágica.

Los norteamericanos han alcanzado hasta más allá de los 22,000 metros. Y establecieron interesantes estudios sobre el régimen de vientos.

Durante muchos años se habló de un proyecto polaco. Algunos sabios de aquel país habían construido un globo gigantesco, la "Estrella de Polonia". Querían estudiar los rayos cósmicos y su actividad en el aire. Pero la expedición no pasó de un atrevido proyecto.

Piccard hizo otras ascensiones. Su mérito consistió en ser el precursor de las grandes y aéreas aventuras. Todavía recordamos aquella mañana brumosa de 1932, cuando lo vimos elevarse desde unas praderas próximas a Bruselas.

Se proyecta una nueva ascensión. Los hombres que vivimos pegados a la tierra nos preguntamos: ¿Qué verán los investigadores en aquellas alturas? ¿Tal vez la curvatura del espacio habrá de impedirles ver muy lejos?

Los informes que estos hombres han escrito nos han hecho varias revelaciones. Sabemos que en la estratósfera hay nubes de polvo finísimo, quizás un polvillo arrojado por los volcanes.

Desde antaño el hombre ha querido rasgar el azul de los cielos. Las hermosas leyendas nos hablan de Icaro y Dédalo, de los seres humanos que supieron construirse raudas alas.

Otros individuos curiosos han penetrado hasta las profundidades de la tierra y del mar. Y de todo ello se van reuniendo y elaborando experiencias que deslumbran y ponen espanto en nuestra indolencia habitual.

Sin duda, los hombres de ciencia de nuestra Era Atómica observan los fenómenos y llevan la experimentación hasta sus últimas consecuencias. Tal vez porque la función del conocimiento como instrumento de penetración en el mundo exterior debe de ser mejorada, transformando los vigentes cuadros de conceptos y elaborando una teoría del conocimiento con amplia base experimental. Y ello ha de ser así porque, dadas nuestras condiciones de vida, necesitamos métodos para aprovechar orgánicamente un mundo cada vez más unido y organizado. El camino de este método está señalado por la ciencia.

* * *

Las condiciones atmosféricas influyen notablemente en la vida y felicidad de los hombres. Recientes congresos de especialistas en la materia, han vuelto a estudiar las caprichosas evoluciones de tantas y diversas circunstancias. El nombre de Flammarión ha sido recordado con merecido respeto, porque muchas de sus afirmaciones permanecen exactas.

Recordamos, por ejemplo, que Flammarión decía la siguiente: "Gran parte de las desdichas del género humano se deben a la inclinación del eje de la Tierra". Y así es, en efecto.

Sabido es que el filósofo Augusto Comte emitió la idea de reunir todas las fuerzas de que puede disponer el género humano para enderezar el eje del mundo. Anécdota problemática e incierta, brotada como una ironía, quién sabe de qué origen, tal vez de raigambre anónima y popular.

El poeta inglés Milton, decía que antes del pecado de Adán y Eva, el eje de rotación era perpendicular a la eclíptica, de modo que no había estaciones. La Tierra gozaba de una primavera perpetua. Pero Jehová se enojó y dió un puntapié a nuestro pobre planeta, que desde entonces va dando torpes volteretas, y sufre alternativamente los ardores del Sol y los rigores del invierno.

Sin duda, si la Tierra no tuviera estaciones tan opuestas, la organización de la naturaleza sería más armónica y uniforme. Aunque ello nos ofreciera el hastío de lo inmutable.

Los meteorólogos, los hombres que saben leer en los cielos y en la tierra, prometen confeccionar un conjunto de mapas, de cuadros en donde se anoten, con aproximación, los cambios climáticos más notables.

Entretanto, disponemos de algunos dibujos notables, en donde la realidad y la fantasía se unen. Nos referimos a las ilustraciones de los dibujantes japoneses, que tanta fortuna han gozado.

Los artistas nipones imaginaron que el dios de los tifones era

un dragón de plurales colas, de ojos fosforescentes. El dios del trueno era representado por un ave con patas de reptil, clavadas en diversas y enormes redomas, que estallaban cada vez que el airado dios hundía sus garras. El dios de los vientos tenía la figura de un hombrón de grandes carrillos.

Pero todo esto no pasa de ser una fantástica e ingeniosa representación. Los hombres de ciencia de nuestros días nos dicen que todos los fenómenos de la atmósfera tienen mucho que ver con la inoportuna inclinación del eje terrestre.

Fríos y calores, huracanes y ventoleras contribuyen a que los hombres no se consuman en la uniformidad, en su fastidio. Lo que al fin de cuentas puede ser uno de los hontanares del humano filosofar. Con razón se ha dicho que la filosofía comienza cuando el ser racional se pregunta por el origen del mundo. Sus problemas abarcan la esencia de la verdad, las clases del ser, el origen primitivo, la finalidad del proceso cósmico, la posición del hombre en el mundo y la resonancia de los valores. Ahora bien, la inacaba inquietud de los hombres de ciencia nos demuestra que algunos problemas originariamente filosóficos van siendo incluidos en los recintos estrictos de la investigación científica. Tal vez, por esta y otras razones más sutiles, la tristeza de origen cósmico se va convirtiendo en angustia existencial.

El hecho de estar viviendo en permanente asedio de los fenómenos científicos revelan que los hombres persiguen una finalidad ambiciosa: Saber cuál es su verdadera circunstancia. Y todo ello sin olvidar que también se vislumbra el porvenir del espíritu, ahora insertado en la materia, susceptible de plasticidades independientes, sin embargo.

* * *

Las agrupaciones humanas que antaño vivieran en el extremo sur del continente americano han ido desapareciendo. De ellos conservamos algunos relatos anecdóticos, registrados en los diarios de

ciertos navegantes polares. Pero ignoramos las características precisas de su mentalidad, de su estilo de vida, de las que fueron sus aspiraciones.

Los onas y los yaganes no existen como grupos independientes. Los hombres blancos los dominaron. Y aquellos indios se fundieron con los nuevos habitantes de unas regiones que sólo ellos conocían y dominaban.

Hace cincuenta años los fueguinos y los alacalufes eran más de mil. Se movían entre la inmensa cadena de archipiélagos desérticos, entre el Pacífico y la Cordillera Austral. Región conocida ya en tiempos de Magallanes, como el dominio de los nómades del mar.

En nuestros días, en la bahía de Edén, sobre la costa este de la isla Wéllington, vive un centenar de alacalufes, mejor dicho, vegetan algunos hombres, dueños y, al mismo tiempo, prisioneros de sus canoas, llevando una vida miserable, víctimas de enfermedades.

De vez en cuando, algún investigador visita tan desoladas regiones, conversa con estos hombres, estudia sus leyendas, su historia. Pocos, sin embargo, han entendido los fondos insobornables de su alma.

Ahora bien, todos los viajeros que han convivido con estos alacalufes están de acuerdo en la próxima extinción de un grupo étnico; llamado a convertirse en una curiosidad racial.

Un escritor francés, J. Empeaire, ha convivido con estos indios de canoa, consiguió aprender su lengua, acompañarlos en sus aventuras de caza y pesca, mezclarse en sus conversaciones. Por esta razón su obra, recientemente publicada, se apoya en hechos concretos, no ha tenido que recurrir a los habituales cuestionarios, es decir, a métodos que siempre fracasaron, pues aquellos seres son de reacciones lentas y complejas. Con gran maestría, J. Empeaire ha glosado las confesiones oídas de labios de los ancianos del grupo. De esta forma ha entendido el fluir de una herencia mental que rebrota entre los indios cuando, acurrucados en sus canoas, cantan y recitan sus viejas leyendas.

Los nómades del mar es un libro nostálgico. Y nos sitúa en los

ámbitos reales de unas formas de vida que luchan por subsistir. Pero razón tienen quienes dicen que están contados los días del último alacalufe. Un grupo étnico que reposará entre los fríos inhóspitos de los canales.

* * *

La ciudad de Ginebra, a orillas del lago Lemán, tiene una de las más hermosas campiñas europeas. El Ródano atraviesa el lago y rompe su clausura, produciendo una algarabía fastuosa. En sus riberas, los caseríos se levantan en medio de verdes y amarillas alfombras vegetales.

Pues bien, en muchas de estas casitas, manos afanosas montan con precisión los mecanismos de muchos relojes que habrán de tener la misión de parcelar el tiempo de los mortales. Es una industria hogareña, de lejana tradición. Y al mismo tiempo, un medio de pingües ganancias.

Ahora, en Ginebra se celebra un Congreso Mundial de Relojeros. Las exactas deliberaciones las preside un retrato monumental de Cristián Huygens, el primer relojero serio que registra la historia.

Huygens fué un holandés inteligente. Estudiaba Astronomía, construía telescopios, era la admiración de los hombres de ciencia del siglo XVII. A este hombre le interesaba medir el tiempo con precisión. Y se dedicó a comprobar las teorías de Galileo, los ensayos que se habían hecho con péndulos de diversas longitudes. El resultado de todo ello fué el primer reloj, un mecanismo que dividía con precisión el tiempo, unas saetas que danzaban rítmicamente sobre los números de un cuadrante.

Huygens perdió la razón. Su pueblo supo honrarlo como se merecía. Con razón se ha dicho que fué una de las más sólidas personalidades científicas del Renacimiento.

En su obra *Reloj de oscilación*, abundan los dibujos de algunos modelos que alguien podría calificar de modernos. Su gran mérito

fué el de construir un aparato que daba oscilaciones de un segundo. Lo demás fué tarea sencilla.

Desde siempre, los hombres quisieron dividir y subdividir la sucesión del tiempo. Cuando se hizo posible el encanto de exhibir un reloj pulsera, hubo como una especie de colapso en muchas sensibilidades. La clepsidra y los relojes de sol fueron arrumbados.

Durante siglos, la ciudad de Gante, en Bélgica, mostró a los turistas su enorme reloj de hierro adosado en la torre de una iglesia romántica. Ahora, en Ginebra, Cristián Huygens preside las ceremonias de un Congreso, las puntualidades y atrasos de relojeros de todo el orbe. Quizás el fluir temporal les entregue los enigmas de la profunda metáfora del río heracliano.

* * *

Una historia y una fábula del vestido tienen un contenido filosófico y estético. Su punto de arranque hay que buscarlo en la Grecia clásica, y, dentro de su historia, en la época en que algunas composiciones dramáticas, concretamente los "Mimos", sirvieron para destacar los ángulos ridículos de un grupo de gente.

Como es sabido, los actores de estas obras de tipo dramático aparecían en escena sin máscara, el rostro sucio de barro, cubierto en parte con trozos de papiro, el cuerpo ceñido con un plastrón hecho de fibras vegetales y hojas de acanto. Otros intérpretes exhibían una máscara coloreada, y su vestido consistía en una túnica blanca.

Más tarde, el centro de gravedad pasó a Roma. Los artistas usaban vestidos estrambóticos. Un solo paso, y los personajes de la "Comedia del Arte" aparecen con sus extravagancias, con sus originales vestimentas. El *minorum magister*, el actor, se desdobra, se multiplica en los célebres tipos de Polichinela, Arlequín, el Capitán, Pantalón, el doctor Brighella y Scaramouche. Tipos de bravucones, pedantes, pícaros, enamorados tímidos, espirituales, sin escrúpulos. Y como adecuada envoltura de su humanidad, cuadrados de colores chillones, el pantalón desmesurado, el guñapo como vestido.

En muchas oportunidades, el teatro ha desempeñado el oficio de vanguardia en las plurales vertientes de la moda. Sin embargo, podría afirmarse que en nuestros días se busca inspiración en las más antiguas obras de arte pictórico. Los creadores de la moda son eruditos en pintura y escultura. Y dibujan trajes para matronas de acuerdo con las soluciones que diera Rubens a sus mujeres ampulosas. Las graciosas bailarinas de Degas contienen la dimensión estética de corpiños adaptables. El arte del vestido quisiera sublimar hondas preocupaciones de algunos Adanes y de todas las Evas rubias, morenas o pelirrojas.

La tendencia de algunos poetas a revivir la leyenda de las Gracias, inspira esta glosa. En efecto, en la eterna fábula del vestido está presente la interpretación poética de las Gracias, de aquellas mujeres que el arte presentó vestidas durante varias Olimpíadas consecutivas, hasta que el mundo se dió cuenta de que debían ir desnudas. Su desnudez era un símbolo. Y hoy día, después de conocer las graciosas lucubraciones de Marinetti, se puede afirmar, con reverencia moralista, que el arte de los modistos halla exclusivamente su razón de ser en virtud de una preocupación, de un leve pudor atmosférico.

He ahí por qué la desnudez de la sin par Dyonisia, danza como una simpática reminiscencia en las pupilas del recuerdo y de la fantasía.

Una de las preocupaciones de los poetas existencialistas puede resumirse en la siguiente pregunta: "¿No podría la realidad económica resucitar la leyenda de las Gracias?"

* * *

Los astrónomos son implacables cuando nos comunican el resultado de sus observaciones. Y así, en muchas obras científicas se anotan datos que nadie se atreve a discutir. Por ejemplo, se ha dicho que Marte tiene atmósfera, manchas grises y azuladas, siguiendo la curva de su mayor diámetro, brochazos de albura en los polos. Todo

ello se traduce en un bello capítulo de posibilidades: Marte tiene océanos y algunos aluviones de nieve. ¿Tendrá vida, sin embargo? ¿Cómo serán los discutidos marcianos?

He ahí que otra vez los astrónomos dirigen sus telescopios sobre la enrojecida silueta del misterioso planeta. Marte, a pesar de su vertiginoso viaje hasta las proximidades de la Tierra, sigue guardando, celoso, su entrañable secreto. El gigantesco telescopio del Monte Palomar interrumpió sus estudios de las lejanas galaxias, enfilando su pupila sobre las manchas de los problemáticos canales marcianos. Los resultados hasta ahora, han servido, tan solo, para volver a encender muchas imaginaciones.

El astrónomo ruso Tihkov, creador de la astrobotánica, afirma que la vegetación de Marte debe de ser parecida a la de las regiones árticas, musgos, líquenes y pequeños arbustos, si bien con originales características, algo, en suma, que determinaría un tipo esencial de vida humana, con exclusión del tipo de los mamíferos terrestres.

El investigador japonés Tsuneo Saeki, especialista en los estudios de Marte, sigue ampliando sus observaciones. Y asegura haber registrado explosiones marcianas que proyectaron nubes a más de cien kilómetros de altura. Quizás obedezcan a fenómenos volcánicos y a caídas de meteoritos gigantes. Pero lo más alucinante de la actualidad marciana, es la hipótesis que dice: los seres vivos del rojo planeta sólo pueden ser bacterias o insectos de gran resistencia.

La ciencia astronómica y la afición matemática crean intereses filosóficos en algunos hombres. Viajeros en un rayo luminoso, pacientes observadores de las noches estrelladas, ensimismados en meditaciones, la eterna astronomía es para ellos una ciencia rica en proyecciones metafísicas, filosóficas y estéticas.

La preocupación por los mundos siderales nació con el auge de la filosofía racionalista. Muy cerca de nosotros, a principios de siglo, un filósofo alemán, Aloys Müller, entre sus problemas metafísicos propuso el siguiente: "Supongamos que viviesen en Marte seres inteligentes, y que consiguiésemos comunicarnos con ellos, ¿cómo podrían entendernos los marcianos?"

Los filósofos nos hablan de los procedimientos que tiene el hombre para darse cuenta de las realidades. Y dicen que tales recursos están dirigidos, fundamentalmente, por los sentidos del tacto y de la vista. Se ha dicho que todo conocimiento comienza de una manera táctil y va pasando lentamente a una forma óptica. Tres ciencias están en camino de ello, la Geometría, la Física y la ciencia del Arte.

Una comunicación verbal con los hipotéticos marcianos no conseguiría despejar el cendal de brumas que envuelve su posible realidad. Nos sería preciso conocer su forma, su epidermis habría de recibir la exploración de nuestras retinas. Todo ello crearía el posible sortilegio de nuestros pensamientos, de nuestra voluntad de comunicación espiritual.

Hasta aquí la realidad psicológica. Por encima de sus dominios, el sueño poético de una astronomía al alcance de la mano.

No es raro que muchos hombres vean en la roja silueta de Marte el ojo ciclópeo de algún Dios, que se aproxima hasta los umbrales de nuestra Tierra.